

Inf. extranjera

La enseñanza profesional de la mujer en los Estados Unidos de América

El problema del trabajo de la mujer y, conjuntamente, el de su enseñanza profesional, se plantea en los Estados Unidos de América de forma muy especial. La mecanización ha alcanzado allí —y esto, en todos los terrenos: agrícola, industrial, comercial, administrativo e incluso en el doméstico— un nivel desconocido en el resto del mundo. La máquina sustituye cada vez más al trabajador en las tareas más serviles y más duras; la industria se refina, se hace más limpia y menos brutal y el número de trabajos inaccesibles a la mujer disminuye sin cesar. Por otra parte, el alto grado de perfección alcanzado por la agricultura y por la industria es paralelo a un enorme desarrollo en la sección "terciaria" (administración, servicios, bienestar) para el cual la mujer es especialmente apta. Es decir, que tanto en la industria como en esto, cada vez son más numerosas las colocaciones que se ofrecen a la mujer.

Además, la mecanización de su hogar (aparatos para la cocina, para la calefacción, para lavar, secar, etcétera) libera a las mujeres de las tareas domésticas más sujetas y les deja tiempo libre para trabajar fuera de casa. Bien es verdad que el aumento de los ingresos medios del marido debería hacer que el trabajo de la mujer sea menos necesario, pero en la práctica, la multiplicación de las necesidades de lujo y el deseo general de enriquecimiento, base del progreso económico de los Estados Unidos, induce incluso a aquellas mujeres que no tienen absoluta necesidad de hacerlo, a buscar un suplemento a los ingresos familiares.

La riqueza pública, en fin, ha permitido prolongar considerablemente —hasta los diecisiete y dieciocho años— la enseñanza obligatoria de todos los niños y niñas, con lo cual las chicas americanas reciben la instrucción necesaria para poder desempeñar cualquier trabajo de tipo burocrático, que son los más numerosos, siendo además, con razón o sin ella, los que se consideran más adecuados para las mujeres.

Y cabe añadir que la madurez alcanzada por la industria y el desarrollo burocrático han hecho de los Estados Unidos una sociedad en la que la superioridad laboral del hombre es menos evidente; la sociedad americana está en general muy "feminizada" y muy especialmente en la enseñanza, en la cual existe la coeducación y en cuyo profesorado las mujeres se encuentran en aplastante mayoría.

La situación del trabajo de la mujer —y de la enseñanza profesional de la mujer— en los Estados Unidos es, por lo tanto, muy distinta de la de la mayoría de los países europeos. Pero es también una

situación "ejemplar" en tanto en cuanto la condición actual de los Estados Unidos señale las formas del futuro para el resto del mundo. Luego, la economía política de la educación europea tiene en ella un interesante terreno de observación a condición, por supuesto, de tener siempre muy en cuenta que los problemas —allí y aquí— no podrían identificarse totalmente debido a las diferencias que existen en el desarrollo económico.

EVOLUCIÓN DEL TRABAJO DE LA MUJER EN LOS ESTADOS UNIDOS A TRAVÉS DEL SIGLO XX.

En 1890 había en los Estados Unidos cuatro millones de mujeres que trabajaban, lo que representaban 1/6 de la mano de obra total del país. En 1956 las estadísticas daban 22 millones, es decir, 1/3 de la mano de obra total.

En 1890, las trabajadoras constituían 1/6 de la población femenina fuera de la edad escolar y hoy en día constituyen 1/3.

La mano de obra femenina está, por lo tanto, en plena expansión, ya que de 1890 a 1956 el número de obreros ha aumentado en 1.200.000 y el de obreras en 3.100.000. Las mujeres constituyen el 70 por 100 del aumento de mano de obra durante los últimos años y se calcula que el 90 por 100 de las chicas americanas que actualmente están en edad escolar tendrán oportunidad de trabajar durante un término medio de veinticinco años a lo largo de su vida.

Pero aún más importante que la diferencia entre las cifras globales, lo es la diferencia en la forma en que están repartidas. En 1890, el 70 por 100 de las trabajadoras eran solteras, mientras que en 1956 solamente lo eran el 25 por 100.

Hoy, el 30 por 100 de las mujeres americanas casadas trabajan la jornada completa. El matrimonio en sí no parece ejercer mucha influencia en el trabajo: mientras que el 76 por 100 de las mujeres solteras entre los veinte y los veinticuatro años trabajan, la proporción no desciende más que al 60 por 100 de las mujeres casadas (sin hijos) de la misma edad. La diferencia, por lo tanto, es mínima. Son los hijos, no el matrimonio, lo que hace que las mujeres se queden en casa; solamente trabajan el 15 por 100 de las mujeres americanas que tienen hijos en edad preescolar (menores de seis años), pero tratándose de madres cuyos hijos están en edad escolar la proporción asciende al 40 por 100.

Paralelamente, la edad de la mujer que trabaja también ha cambiado mucho. En 1890, el 50 por 100 de las trabajadoras eran menores de veinticinco años, y hoy en día este grupo no representa más que el 20 por 100 del trabajo femenino, mientras que el grupo formado por las que tienen de cuarenta y cinco para arriba (mujeres cuyos hijos son ya adultos) alcanza cerca del 40 por 100.

La distribución en cuanto al tipo de trabajo a que se dedican las mujeres, también ha variado considerablemente. En 1890, el 20 por 100 de las mujeres que trabajaban lo hacían en tareas agrícolas, hoy la proporción no alcanza más que al 5 por 100.

En 1890, el 50 por 100 de las mujeres que trabajaban lo hacían en el servicio doméstico, hoy la proporción es del 8 por 100.

NOTA DE LA REDACCIÓN.—En el núm. 97, pág. 93, último párrafo, línea 8, de "La enseñanza profesional de la mujer en Francia", donde dice "pero", debe decirse "querellas que".

Por el contrario, las empleadas de oficina, las dependientas de comercio, etc., que eran entonces el 5 por 100, constituyen ahora el 33 por 100.

También dentro de los grupos profesionales ha variado mucho la distribución. En 1890, el 80 por 100 de las mujeres que trabajaban en la industria lo hacían en la textil y en la confección; la textil y la confección no emplean hoy en día más que un tercio, mientras que la industria metalúrgica (en la cual antaño eran muy poco numerosas las mujeres) ocupa otro tercio.

De igual forma, el 90 por 100 de las mujeres que desempeñaban una profesión liberal en 1890, se encontraba en la enseñanza, pero en 1956 esta proporción se había reducido a la mitad (alrededor de un 40 por 100).

Las americanas tienden, por lo tanto, a aceptar cada vez menos el ser relegadas a un número limitado de profesiones consideradas como femeninas y a repartirse de forma más uniforme por todo el conjunto económico del país. Las estadísticas de 1950 indican que hoy día se encuentran mujeres trabajando en las profesiones más diversas y menos femeninas. Es digno de tenerse en cuenta que hay 6.777 "clergywomen", 185 mujeres pilotos de aviación, 1.482 mujeres operadores de radio, 153 mujeres mozos de carga, 465 mujeres limpiabotas, 556 mujeres bomberos, 755 mujeres "sheriffs", 200 mujeres herreros, 430

mujeres maquinistas de tren, 1.972 fontaneros y 1.259 maquinistas de fábricas.

PARTICULARIDADES DEL TRABAJO DE LA MUJER EN LOS ESTADOS UNIDOS.

A pesar de todo esto, el trabajo de la mujer en los Estados Unidos se diferencia aún bastante del del hombre, pues aunque las americanas aceptan toda clase de trabajos falta todavía el que los desempeñan en iguales proporciones. En las profesiones liberales, por ejemplo, hay 6.475 mujeres ingenieros frente a 518.781 hombres, 933 mujeres arquitectos frente a 23.823 hombres. En el cuerpo médico hay 11.714 médicas frente a 180.233 médicos, 2.045 mujeres dentistas frente a 73.024 hombres que desempeñan esta profesión, 7.261 farmacéuticas frente a 80.854 farmacéuticos. Estas cifras representan proporciones muy pequeñas que son incluso inferiores a las de otros países. En farmacia, por ejemplo, las mujeres constituyen en los Estados Unidos el 8 por 100 de la profesión, mientras que en Francia constituyen el 31 por 100.

Es además significativo que el 72,2 por 100 de las trabajadoras americanas no se reparten más que entre 20 profesiones. He aquí las cifras registradas en 1950 (sacadas del "U. S. Bureau of the Census, Census of Population, 1950", vol. II):

PROFESION	Número de mujeres empleadas (en millares)	Porcentaje del total de trabajadoras	Porcentaje del total de la mano de obra de la profesión
		%	%
1. Taquígrafas, mecanógrafas, secretarias.	1.501	9,5	94
2. Otras empleadas de oficina	1.440	9,2	49
3. Personal del servicio doméstico	1.334	8,5	95
4. Dependientas de comercio	1.260	8	38
5. Enseñanza	835	5,3	75
6. Obreras (confección y modas)	655	4,2	81
7. Contables	556	3,5	77
8. Camareras (café y restaurante)	546	3,5	82
9. Enfermeras	389	2,5	98
10. Obreras de la industria textil	355	2,3	53
11. Telefonistas	342	2,2	53
12. Agricultura (comprendiendo a las que no perciben salarios)	318	2	85
13. Servicio no doméstico (asistentas, porteras, ascensoristas)	311	2	62
14. Tintorería y quitamanchas	288	1,8	67
15. Cocineras (no domésticas)	242	1,5	56
16. Propietarias de comercio al por menor.	242	1,5	17
17. Peluquería, manicura, cuidados de belleza	190	1,2	50
18. Obreras (industria de la alimentación).	186	1,2	38
19. Cajeras	184	1,2	81
20. Obreras (electricidad)	180	1,1	54
TOTAL	11.354	72,2	

Se observará que en 15 de estas profesiones las mujeres constituyen la mayoría y que en ocho pasan del 75 por 100 de la mano de obra total de la profesión.

El grado de concentración que alcanzan las mujeres en algunas profesiones y en algunos oficios es

aún mayor de lo que expresan las estadísticas. Estudiándolas con detenimiento, se podrá apreciar que, en efecto, las mujeres figuran en ciertas categorías y los hombres en otras. Ellas, por ejemplo, constituían en 1953 el 70 por 100 en la enseñanza en general y los varones el 30 por 100, pero la distribución en los diferentes tipos de enseñanza es muy desigual:

	Número de hombres	Porcentaje del cuerpo docente masculino — %	Número de mujeres	Porcentaje del cuerpo docente femenino — %
Enseñanza elemental	65.407	18	607.258	71
Enseñanza secundaria	158.536	43	207.741	24
Enseñanza superior	145.861	39	44.492	5

Dicho en otras palabras, la mayoría de las mujeres (71 por 100) que enseñan lo hacen en la enseñanza elemental, mientras que el 82 por 100 de los hombres lo hacen en la segunda y en la superior.

En cuanto a las materias que se enseñan, la distribución es también muy diferente. En la segunda enseñanza las ciencias físicas y las matemáticas están habitualmente a cargo de los hombres, mientras que las mujeres enseñan las lenguas y la literatura.

Otra característica del trabajo de la mujer es su intermitencia. Mientras que los hombres una vez que han empezado a trabajar suelen continuar hasta su jubilación; con las mujeres no sucede lo mismo, pues muchas de las que se colocan a los veinte años abandonan el trabajo a los treinta y lo reanudan a los cuarenta y cinco. La proporción de mujeres que trabajan varía según las edades; de ser un 47 por 100 a los diecinueve años, desciende al 35 por 100 a los treinta, volviendo a aumentar a un 45 por 100 a los cincuenta. Estas variaciones obedecen, evidentemente, a la maternidad y a la educación de los hijos.

Además, muchas mujeres no trabajan jornadas completas. En 1955, al 33 por 100 de mujeres que desempeñaban un trabajo permanente había que añadir un 9 por 100 que lo hacían temporalmente, es decir, o bien en períodos inferiores a un año, o bien en jornadas que no llegaban a las 35 horas semanales.

Y no cabe duda de que una mujer que trabaje únicamente durante ciertas épocas de su vida, o durante algunos meses del año no podrá llegar a adquirir la misma experiencia profesional que un hombre. Siempre será un poco amateur y habrá cierta tendencia a confiarle tareas de amateur. El patrono vacilará ante la idea de invertir en una empleada —susceptible de interrumpir algún día su trabajo— la larga preparación que se requiere para llegar a asumir los puestos muy especializados o de mucha autoridad. Esta es, entre otras, una razón por la cual la mayor parte de las americanas permanecen en puestos accesorios y por la cual muy pocas —en proporción, muchas menos que los hombres— llegan a alcanzar situaciones de gran responsabilidad.

LA SEGUNDA ENSEÑANZA FEMENINA.

En la segunda enseñanza (o quizá mejor, post-primaria) las mujeres han sido siempre más numerosas que los hombres, e incluso actualmente, en que ésta es gratuita y obligatoria, hay más chicas diplomadas que chicos. En 1956, el 63 por 100 de las chicas de diecisiete años estaban en posesión de un diploma de fin de estudios, mientras que sólo lo tenían el 57 por 100 de los chicos de esa edad, así que desde

ese punto de vista, ellas se encuentran en un plano de superioridad con respecto a ellos.

Es sabido, además, que en las escuelas públicas americanas hay coeducación. De los 14.000 "high schools" públicos de los Estados Unidos, el 99,6 por 100 son escuelas mixtas, es decir, para chicos y chicas, y aunque en las particulares no la haya en igual escala, no es porque la rechacen; cerca de la mitad de los "high schools" católicos, por ejemplo, son mixtos (3).

La coeducación, como puede verse, ha sido aceptada por la sociedad americana y cualesquiera que puedan ser sus inconvenientes o sus ventajas, representa, evidentemente, un avance enorme hacia la igualdad en la enseñanza de chicos y chicas.

Sin embargo, cuando se analiza el problema con detenimiento, se aprecian considerables diferencias entre la segunda enseñanza que reciben los chicos y la que reciben las chicas. Estudian todos en los mismos locales, pero en realidad aún no estudian las mismas cosas. He aquí, en 1954, la distribución de unos y otros en las últimas clases de los "public high schools" según el plan de estudios que ellos eligieron (4):

	Chicos — %	Chicas — %
Sección académica	38	29
Sección general	28	19
Comercio	9	35
Profesional	14	6
Varios o sin respuesta	11	11

La sección académica y, en menor escala, la general son las que sirven de preparación para ir a la universidad y es excepcional que vayan a ella los alumnos que han elegido las otras; por lo tanto, hay un 66 por 100 de chicos y solamente un 48 por 100 de chicas que se preparan para seguir, eventualmente, los estudios superiores. Pero no se debe esto a incapacidad por parte de las chicas, sino a que así lo eligen ellas. En una encuesta llevada a cabo por el Educational Testing Service (1954-55), ha quedado demostrado que el 38 por 100 de las chicas con capacidad, según los tests de inteligencia, para seguir ulteriormente estudios universitarios, no tienen intención de hacerlo (5).

Por el contrario, nos encontramos con un 35 por 100 de chicas en la sección de comercio (taquigrafía, mecanografía, cursos generales de comercio) que sirve

(3) Las escuelas católicas en los Estados Unidos abarcan a más del 85 por 100 de los alumnos de segunda enseñanza particular.

(4) Según el "Educational Testing Service".

(5) Esto ocurre principalmente en las clases sociales menos pudientes.

de preparación para conseguir un empleo inmediatamente después de salir del colegio.

Queda demostrado, por lo tanto, que son muy numerosas las chicas, incluso con capacidad intelectual, que no piensan hacer carrera, siendo su única aspiración la de encontrar al salir del colegio una colocación, que, a la fuerza, ha de ser modesta y de poca categoría, mientras esperan (como muchas lo han hecho constar en sus respuestas a la encuesta) a casarse.

Esta diferencia se manifiesta igualmente, dentro de cada sección, en la elección de asignaturas. En las secciones académicas y general es mayor la proporción de chicos que siguen los cursos adelantados de matemáticas y de física, mientras que las chicas se encuentran en mayores proporciones en los cursos adelantados de inglés y de lenguas modernas. En comercio, las chicas eligen sobre todo taquigrafía y mecanografía, y los chicos, contabilidad y derecho mercantil. En las secciones profesionales, finalmente, los chicos acuden principalmente a los cursos industriales (mecánica), y las chicas, a los de costura, peluquería, cuidados de belleza, puericultura, economía doméstica.

Por lo tanto, ya desde la segunda enseñanza puede

apreciarse una marcada diferenciación entre el porvenir profesional de las chicas y el de los chicos. Estos últimos, en su mayoría, orientan sus estudios hacia los oficios que requieren una preparación larga como son los industriales, y en la sección administrativa hacia las profesiones de categoría intelectual (contabilidad, derecho mercantil); las chicas, sin embargo, acuden en su mayoría a los de preparación breve.

LA ENSEÑANZA UNIVERSITARIA DE LA MUJER.

Las tendencias que observamos en la segunda enseñanza se acentúan en la superior. Aun cuando el número de chicas que siguen estudios universitarios sea impresionante (272.024 en el curso 1953-54), es muy inferior al de los chicos (627.681). Mientras que la proporción de chicas que salen del instituto con un diploma (52 por 100) es algo superior a la de los chicos (48 por 100), ellas no representan más que el 30 por 100 del total de la enseñanza superior.

Pero además, dentro de la enseñanza superior, la distribución de unos y otros es muy diferente. He aquí las cifras de las principales secciones profesionales de las universidades americanas en 1953-1954:

	Estudiantes (preparación para el "bachelor degree")		Licenciados (preparación para el MA y para el doctorado)	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
Agricultura	31.923	825	4.571	303
Arquitectura	8.120	683	322	26
Comercio	137.872	30.955	12.423	867
Educación (*)	76.836	142.849	27.657	25.349
Tecnología	169.824	812	21.498	110
Agua y bosque	4.690	14	381	3
Artes domésticas	214	25.467	42	1.075
Periodismo	4.325	2.847	371	79
Derecho	31.991	1.388	1.771	74
Biblioteconomía	605	1.968	80	188
Servicios sociales	1.744	3.906	295	328
Teología	21.879	1.131	2.855	113
Medicina	26.645	1.549	2.408	162
Enfermeras	247	22.687	11	1.078
Odontología	12.441	200	328	9
Farmacia	13.804	1.619	490	52
Veterinaria	3.368	47	118	5
TOTAL	551.279	241.974	76.402	30.050

(*) A esta cifra se suman los estudiantes de "Liberal Art Subjects" (Letras) y de "Basic Natural Sciences" (Ciencias) que, en su mayoría, se preparan para ser profesores de segunda enseñanza. Las chicas son más numerosas en las letras (51 por 100), pero están en minoría en las ciencias puras (23 por 100).

Se observará que las mujeres se agrupan en ciertas facultades: educación, comercio, artes domésticas, sanidad (enfermeras), que conducen a las más modestas de las profesiones liberales.

Otra característica evidente es que el número de mujeres disminuye después de pasado el Bachelor Degree. En educación, por ejemplo, mientras que para la preparación del Bachelor Degree son más o menos el doble que los hombres, son menos numerosas que

ellos en la preparación del Master Degree y menos aún en el doctorado. En el curso 1953-54 se doctoraron 1.237 hombres y solamente 261 mujeres, y en los últimos diez años, de todos los grados de doctor concedidos en Estados Unidos, tan sólo recibieron las mujeres el 10 por 100. Esta situación obedece a que, por lo visto, después del Bachelor Degree son muchas las estudiantes que se casan y pierden el interés por su carrera.

EL TRABAJO EN LA VIDA DE LA MUJER AMERICANA.

La mujer americana tiene exactamente las mismas oportunidades profesionales que el hombre. Todas las profesiones le están abiertas en iguales condiciones que al hombre (allí, los prejuicios con respecto a los oficios especialmente masculinos son mínimos); hasta los dieciséis, diecisiete o dieciocho años (según los Estados) las chicas siguen los estudios con los chicos y de ellas depende el seguir a la universidad, y cuando así lo hacen, reciben toda clase de facilidades, las mismas que reciben los chicos.

Si la mujer americana tiene un destino profesional distinto al del hombre, es porque ella ha decidido que así sea. Una reciente encuesta declara que "cuando se pregunta a un grupo de niñas de siete a ocho años qué quieren ser cuando sean mayores, casi siempre responden —además de la profesión de su elección— que esposas y madres. Por el contrario, casi ningún chico de esa edad piensa en el matrimonio o en la paternidad cuando expresa sus preferencias entre ser bombero, aviador, médico o ingeniero. Más tarde, durante la adolescencia, ellos se dan mejor cuenta que las chicas, de que su posición ulterior está en relación con su éxito profesional y que éste depende en gran parte de su preparación escolar. A pesar de que la mayoría de las chicas tienen la intención de trabajar antes de casarse, a lo que aspiran es a un empleo pasajero más que a una carrera para toda la vida" (6).

La misma encuesta señala que ya en la escuela, las niñas enfocan una parte considerable de su energía emocional hacia sus relaciones sociales con los chicos, movidas por la preocupación de hacer una buena boda. De igual forma, al salir del colegio la busca de un marido sigue siendo su idea primordial y la elección de la profesión se ve a veces influida por la preocupación de estar en situación de poder casarse bien. Esto explica el que al elegir trabajo, la elección recaiga en los empleos "terciarios" (secretariado, enfermeras...) que son más "respetables" que los industriales. Muchos patronos americanos señalan que el ambiente, los horarios y el tipo de trabajo interesan a muchas jóvenes empleadas más que la remuneración o las posibilidades de ascenso.

Los chicos, naturalmente, también se interesan por las chicas, pero no consideran que su matrimonio vaya a ser decisivo en su vida; sin embargo, las chicas consideran que su vida dependerá del tipo de hombre con quien se puedan casar y esta preocupación por el matrimonio hace que la mujer americana se case muy pronto: el 50 por 100 se casa antes de los veintinueve años. Pero como no todas las mujeres se casan con millonarios, una vez casadas, muchas continúan trabajando; y lo hacen por razones "románticas" bastante análogas a aquellas por las cuales no habían estudiado una carrera: ahora quieren conservar su libertad, tener dinero propio para vestirse y para sus caprichos y completar los ingresos del marido para poder atender a los pequeños lujos de la casa. Y a esto es debido el hecho de que la mayor parte de las mujeres que trabajan antes de

casarse, continúen haciéndolo después. Es al nacer los hijos y mientras son pequeños (es decir, cuando la mujer americana tiene de veinticinco a treinta y cinco años de edad), cuando dejan de trabajar.

Y esta precocidad matrimonial se repite a lo largo de toda la vida de la mujer: el último hijo nace cuando ella tiene veintiséis años por término medio y éste empieza a ir al colegio cuando la madre tiene treinta y dos y se casa cuando ella tiene cuarenta y ocho. Estas cifras pueden parecer sorprendentes, pero están patentes en las estadísticas y desde el punto de vista del trabajo dan como resultado el que, a partir de los treinta y cinco años, la mujer esté menos absorbida por sus deberes de madre y pueda pensar de nuevo en buscar un empleo. Esta vuelta de las mujeres al trabajo, después de los treinta y cinco años, es uno de los rasgos más característicos de la vida americana en las últimas décadas. Los patronos se mostraron al principio un tanto reacios a admitir esta mano de obra femenina de edad, pero esta prevención ha desaparecido totalmente, pues, según parece, las mujeres de cierta edad trabajan excelentemente, mejor, en realidad, que las jóvenes. Hacia los cincuenta, sobre todo, muchas sienten por su trabajo un interés que no hablan sentido antes y su actitud ante él se asemeja a la de los hombres, siendo muy numerosas las que a esa edad tratan de perfeccionarse profesionalmente, por lo que en varias universidades se han creado cursos especiales con este fin.

El análisis que acabamos de hacer no puede aplicarse, evidentemente, a todas las americanas, pues como en todos los países europeos muchas mujeres trabajan porque se ven obligadas a hacerlo. Las solteras (relativamente poco numerosas: solamente el 7 por 100 de todas las mujeres americanas permanecen solteras después de los treinta y cinco años), las divorciadas (una de cada cuatro mujeres casadas) y las viudas trabajan porque no les queda más remedio. Resulta, por ejemplo, que siendo un 35 por 100 el porcentaje de madres de familia que trabajan, el de divorciadas, separadas o viudas con hijos es un 60 por 100. Y en los matrimonios más modestos, si la mujer trabaja, es para aportar un suplemento indispensable al presupuesto familiar: así, en los matrimonios en que el marido gana por debajo de 1.500 dólares al año (lo cual es poco en Estados Unidos) trabajan un 25 por 100 de mujeres con niños menores de quince años, mientras que la proporción baja al 7 por 100 cuando el marido gana por encima de los 5.000 dólares y al 5 por 100 cuando gana de 7.000 en adelante.

Pero no cabe duda de que las características del trabajo de la mujer en los Estados Unidos se deben en gran parte a la influencia ejercida por una serie de factores de psicología social, factores que ya hemos indicado y que volveremos a resumir.

El desarrollo burocrático, el aligeramiento de la industria, el haberse prolongado el período de educación obligatoria, la coeducación, deberían estimular a la mujer a "hacer" carrera como los hombres, pero, sin embargo, la americana adopta ante el trabajo una actitud evidentemente diferente a la del hombre: para ella, el trabajo no es más que algo accesorio en la vida, lo esencial es el matrimonio, la fe-

(6) National Manpower Council. *Womanpower*. New York, 1957 (pág. 309).

minidad: esa es su actitud normal. Y tal estado de cosas, en la sociedad que económicamente está más avanzada en el mundo, debe ser motivo de reflexión para el sociólogo y para el pedagogo.

J. A. PAYNE.

(Versión española de Amalia Martín-Gamero.)

FUENTES

Department of Health, Education and Welfare, *Annual Report, 1955*, Washington, 1956.

Women's Bureau, Department of Labor:
— *Part-Time Jobs for Women*, Bulletin 238, 1951.
— *Change in Women's Occupations 1940-1950*, Bulletin 253, 1954.
— *Training Mature Women for Employment*, Bulletin 256, 1955.
— *The Effective Use of Womanpower*, Bulletin 257, 1955.

Bureau of Census, Department of Commerce, *Census of Population; 1950*, vol. II. Characteristics of Population.

Sixteenth Census of the US., id. 1940. Comparative Occupational statistics for the US. 1870-1940.

Educational Testing Service, *Final Report, 1955*.

National Manpower Council, *Womanpower*, Columbia University Press, New York, 1957.

la educación en las revistas

ENSEÑANZA PRIMARIA

Con la llegada del mes de mayo el tema de las primeras comuniones de los escolares ha saltado más frecuentemente que nunca a las páginas de las revistas educativas. Coinciden casi unánimemente todos los comentarios en subrayar la sencillez que debe presidir dicho acto y el carácter sobrenatural de la recepción de este sacramento. Así, por ejemplo, en el Órgano de la Federación Católica de los Maestros españoles se insiste en la necesidad de levantar una campaña contra el desbordamiento funesto de pompas y exterioridades inadmisibles que las primeras comuniones infantiles padecen en la actualidad (1).

Carmen Rivas en "Servicio" recomienda la intimidad como principal ingrediente para la fiesta de primera Comunión: "no os asustéis; la intimidad no significa tristeza, ni estrechez, ni carencia, no; intimidad significa que las personas reunidas están unidas por vínculos afectivos y, por ende, preocupadas por el bienestar de todas y cada una de las personas reunidas. La intimidad es interiorización; hace que los reunidos se ocupen de lo que a ellos afecta, no miran hacia afuera, sino hacia adentro" (2).

También en "Servicio" Petra Lloset recuerda la llamada de la Iglesia para que las comuniones escolares sean sencillas en el atuendo; y así recalca la idea de que: "el traje de primera comunión no tiene más valor que el de símbolo de pureza. Su sencillez es esencial, no debe constituir una preocupación que aparte el pensamiento del acto grandioso de recibir" (3).

Por último, Alfonso Iniesta en "El Magisterio Español" también muestra su actitud de repulsa ante la desviación de esta fiesta cristiana que la vanidad deforma y cambia en sus fines esenciales: "esos almirantes fastuosos, en vez de marineros sencillos y humildes; esas novias en lugar de niñas sencillas y cristianas nos conmueven y entristecen. A unos y otras desvían de su ruta modesta por cauces de ostentación y orgullo la vanidad de las gentes. Hay millares y millares de familias que formulan queja por el triste y angustiado estado de la vida, pero que gastan en una Primera Comunión lo que quizá antes no hubieran empleados sus padres en una boda. Esta es la trágica realidad de hoy: en la boca, palabras de queja amarga; en los hechos, gastos incomprensibles, afán de diversión y de lujo" (4).

(1) *Sobre las comuniones*, en "El Maestro". (Madrid, mayo 1959.)

(2) Carmen Rivas: *La primera comunión en el hogar*, en "Servicio". (Madrid, 9-V-1959.)

(3) Petra Lloset: *Las primeras comuniones en la familia*, en "Servicio". (Madrid, 2-V-1959.)

(4) Alfonso Iniesta: *Vuelven los almirantes y los*

La celebración durante el mes de mayo de un curso sobre radio, cine, teatro y televisión infantiles, organizado por el Instituto Municipal de Educación ha congregado a un importante número de educadores en torno a los conferenciantes y a los programas de cine, radio, teatro y televisión con que se ha ilustrado dicho curso. En la revista "Mundo Escolar" encontramos una crónica informativa acerca de su desarrollo (5).

En relación con este tema recogemos el artículo de Jesús Custardoy que se pregunta con una cierta preocupación: "¿qué se hace en la escuela española en lo referente al problema de las relaciones entre los niños y el cine?" El cine —se dice— es una escuela, donde todo es intuición. Los hilos de la atención son muy bien manejados. Los niños se hunden en una butaca y como hipnotizados ante sus ojos y antes sus oídos empiezan a pasar robos, violencias, rivalidades, muertes, sensualidades. Si una gran mayoría de adultos no están preparados de antemano para ver películas, mucho menos tendrá el niño capacidad de análisis para aceptar lo bueno y rechazar lo malo. El maestro no debe inhibirse ante una situación semejante y por lo menos deberá inculcar en el escolar dos ideas fundamentales: la medida y discreción con que debe entregarse al cine y el respeto a la orientación que la Iglesia da, a través de sus clasificaciones morales, de las películas. (6).

En "El Magisterio Español" encontramos una colaboración que glosa el llamamiento hecho por Juan XXIII a los católicos de todo el mundo para que pidan a Dios por el fruto del próximo Concilio Euménico. Su autora se pregunta ¿qué pudiéramos hacer nosotros en nuestras escuelas para corresponder a esa llamada general del Padre común de los fieles? Y su iniciativa consiste en esto: "sería interesante que intensificáramos nuestros desvelos para despertar en el niño un sentido de responsabilidad social para incorporarse a la Iglesia, que es una sociedad perfecta. Nuestras escuelas están organizadas de tal manera que se despierta en los niños el espíritu individualista. O, mejor dicho, se fomenta el egocentrismo natural infantil, en vez de ir arrancando esa costra que después se convertirá en muralla que obstaculice el trato social, la comunicación y comunes intereses con sus semejantes. El próximo Concilio Euménico puede inspirar a los maestros españoles la necesidad de crear un puente entre los fines de la pedagogía-social y la pedagogía-individual: "precisamente este equilibrio lo da el espíritu del cristianismo, ya que el deseo de perfección y la elevación moral de los valores personales no es otra cosa que la participación en el cuerpo místico de Cristo, la incorporación del individuo a la sociedad de la Iglesia" (7).

caballeros, en "El Magisterio Español". (Madrid, 13-V-1959.)

(5) Andrés de Burgos: *Más de cuatrocientos educadores siguen el Primer Curso de radio, cine, teatro y televisión infantiles*, en "Mundo Escolar". (Madrid, 1-V-1959.)

(6) Jesús Custardoy: *Los niños y el cine*, en "Boletín de Educación". (Pamplona, mayo de 1959.)

(7) Salud Romero Contreras: *El Concilio Euménico*, en "El Magisterio Español". (Madrid, 20-V-1959.)